

# Y volver, volver

► Miguel Bosé, el hombre más deseado en los ochenta, presenta en Murcia su 'Papitwo' ante ocho mil espectadores

Ángel H. Sopena



■ Decía yo en una crónica anterior que lo de Papito (un nombre como de reggaeton) no se iba a repetir. Pues volvió a suceder. El 'comeback' atrajo esta vez, pese al tiempo meteorológico, el luto y la crisis, a casi el doble de público -unos ocho mil espectadores-. Treinta y pico años han pasado desde *Linda*, su primer éxito, tiempo en el cual Bosé ha tocado más palos que un jugador de hockey. Anoche volvía a los escenarios con *Papitwo*.

El hombre más deseado de España en los ochenta, apostando sobre seguro, tenía el partido ganado desde antes de salir. Su nuevo directo gusta sobre todo cuando toca los clásicos, pero Bosé sigue causando furor aunque tenga programadas hasta las pausas en las que habla y se dirige al público. «Solo nosotros, los ciudadanos, podemos cambiar las cosas», dijo al presentar *Partisano*.

No obstante, lejos de mantener el estilo rompedor que lo encumbró desde finales de los setenta, parecía últimamente que se había moderado en sus formas -musicalmente hablando-. Parecía, porque *Cardio* dio la vuelta completamente a todo lo que nos esperábamos de él. Sin embargo, su atrevida apuesta de 2010 quedó atrás, y su vuelta viene a ser como si descongelara sus grandes éxitos para servir la segunda parte de aquel prodigio comercial, Papito. Es lo que hay, Bosé regresa a lo que sabe que le funciona mejor. Es tan camaleón como su principal inspirador: Bowie (ahora quizás sea



Más de ocho mil personas disfrutaron del show de 'Papitwo'. ÁGUEDA PÉREZ

**Irónico y combativo, el cantante vuelve a demostrar sobre los escenarios que no es artista de un solo rostro**

más Brian Ferry). De *Don Diablo* a la versión de *Morena Mía* de Papito hay un cambio radical, pero gusta a distintas generaciones. Hay que reconocer que, en una liga del pop comercial, Bosé defiende un rumbo propio, aunque sus ocurrencias no siempre cuajen. Esta vez se presentó con una puesta en escena aparentemente sencilla pero realmente llamativa, sin pantallas laterales, pero con una enorme pantalla de LED sobre el escenario, escenografía más propia de una pasarela de moda, escenario casi desnudo, unos te-



Miguel Bosé presentó una puesta en escena sencilla. ÁGUEDA PÉREZ

lones colgando del techo que terminan siendo un tanto repetitivos, y la electrónica como hilo conductor: se dirige al pop de sintetizadores. Los músicos, retirados a

los laterales, y tres coristas siguiendo sus pasos en coreografías de andar por casa, que ya tiene una edad.

Irónico -como en sus nuevas

canciones, a veces banales y a veces comprometidas-, lenguaraz y combativo, Miguel Bosé vuelve a demostrar que no es artista de un solo rostro. *Mirarte*, de su disco *Sereno*, fue la elegida para abrir el show. Es ese Bosé que conjuga electrónica fashion y melodrama, sugerente, elegante y sobrio a lo Robert Palmer. Acompañado por tres coristas y una banda de inspiración y sonido rockero con tintes ochenteros, interpretó los temas de su *Papitwo*, incluyendo canciones de *Bambú* (*Los chicos no lloran*, de cadencia reggae), *Si tú no vuelves* (*Bajo el signo de Caín*), *Como un lobo* y un *Nada particular* que recuerda el *Biko* de Peter Gabriel (a otros les sonará a musical de *El Rey León*), nota solidaria incluida, con la que concluyó antes de los besos.

Tras un primer bloque, donde destacó *Gulliver* -con escenografía espectacular y golpes de guitarra que hicieron vibrar a un público totalmente entregado-, Bosé hizo un segundo bloque -un pelín más largo de lo aconsejable- donde se sentó con sus músicos para abrir el baúl de los recuerdos, fundiendo *Te diré* y *Morir de amor*, seguido por la pícaro *Don Diablo*, la inocente *Linda* y guiños a viejos tiempos como *Creo en ti*. Luego sonó, con vacile de batería, *Sevilla*, su tributo a Bowie, que ahora suena más a Duran Duran, y *Bambú*, para encarar la recta final con el público enardecido y felicitándole por su onomástica.

Hubo un par de tandas de besos con un muestrario de éxitos: de *Morena mía*, el más reciente, a *Amante bandido*, con las que demuestra seguir en posesión de la receta original que le convirtió en triunfador («sensualidad para cuarentonas y provocación para 'las tardes con Ana Rosa'»), como afirman sus detractores), y despedirse con *Te amaré*, como un Don Diablo seductor. Una cita perfecta para varias generaciones, que celebraron la banda sonora de sus vidas.

## MALDAD CON EL SELLO ESPERT

TEATRO CRÍTICA

Julia Albaladejo



'La Loba'

► Lugar: Teatro Romea, Murcia.  
Fecha: Sábado, 29 de septiembre.

Estaré esperando a que te mueras», dice fría y lentamente a su marido Regina/Nuria Espert, masticando con odio cada palabra. Y un escalofrío recorre el cogote de quien mira ESE rostro, de quien escucha ESA voz. Como buena loba -pequeña zorra, si recuperamos el título de la obra de Lillian Hellman-, esta mujer 'atrapada' en un pueblucho de

Alabama en 1900, ambiciosa, cruel, inteligente y por ello más peligrosa aún... mala malísima, ¡vamos!, no dejará que nada ni nadie se interponga en su camino para conseguir lo que siempre ha anhelado: riqueza, una destacada posición social y comerse de un mordisco Chicago entero. El trato que Regina y sus dos hermanos -igual de zorros todos- están a punto de cerrar les llenará los bolsillos, aunque será a costa de la explotación de los negros que trabajan en sus campos de algodón y que ahora lo harán también en su gran fábrica textil, sin olvidarse también de los blancos arruinados tras la Guerra de Secesión. Pero todo se complica cuando el enfermo y honesto James (acertado Víctor Valverde) se niega a participar en el negocio desatando la ira de la fiera con la que se

casó. Regina no está dispuesta a perder la que puede ser su última oportunidad, y si tiene que pasar por encima de sus hermanos, hija y marido, lo hará. Lo hace. Se clava en la mirada del espectador la de Regina/Espert -no hay otra actriz con tanto poder en sus ojos, en su rostro anguloso y por momentos adusto- cuando le niega la medicina a su marido y espera y ansía, con un gesto indescriptible, a medio camino entre el terror y la rabia, su muerte. Un momento de silencio espeso que, como muchos más, el 'lado par' del patio de butacas no pudo disfrutar del todo por el molesto y continuo zumbido de un altavoz.

Quizá la historia de Hellman suena demasiado, la hemos visto, en versiones parecidas, muchas veces en cine y teatro, pero no pierde vigencia. Los

zorros sin escrúpulos, codiciosos y crueles, siguen demasiado presentes, y más cuando la crisis acecha con sus dientes afilados. Sin demasiadas capas, los personajes de *La Loba* dibujan una historia de buenos y malos. A James se unen su hija, Alex (Carmen Conesa), y su cuñada Birdie (Jeannine Mestre), demasiado cándida en algún momento, hasta que saca todo su dolor con ayuda del vino. Frente a ellos, un más que notable Héctor Colomé, Benjamin Hubbard, feroz lobo -o zorro- a la altura de su loba -o zorra, con perdón- hermana; Oscar Hubbard (Ricardo Joven); y el hijo de este, Leo, divertido e imbécil hasta decir basta -cuesta creer que Markos Marín, al deshacerse de su personaje, sea 'normal'. Un reparto que completa Paco Lahoz dando vida al empresario William Marshall e Ileana Wilson, cuya Addie, criada negra con marcado acento, no se sabe al principio si homenajea

o parodia a la inolvidable Mami -con exclamación de «señorita Escarlata» entre el público incluida-. Todos ellos, ya lo decía Espert, hacen de *La Loba* «una filigrana de interpretación» perfectamente dirigida por Gerardo Vera. Aunque también es que, en las escenas en las que no aparece Regina, uno solo desee que regrese. Disfruta Nuria Espert con este personaje y firma una interpretación perfecta, sin excesos, que va de la sensualidad y simpatía inicial para seducir a Marshall hasta casi la autodestrucción... Casi, porque la escalofriante sonrisa final de Regina, culpable de la muerte de su marido y odiada por su hija, augura un prometedor futuro de riqueza y maldad en Chicago. *La Loba* no es solo Nuria Espert, pero es, sobre todo, Nuria Espert. Claro que he de confesarles -quizá debería haberlo hecho al principio- que tengo debilidad por La Espert. Aunque, ¿quién no?